

REVISTA CIDOB D'AFERS INTERNACIONALS 88.

COMUNICACIÓN, ESPACIO PÚBLICO Y DINÁMICAS INTERCULTURALES

EL PAPEL DE LA DIPLOMACIA
CULTURAL EN LAS RELACIONES
INTERNACIONALES.

Said Saddiki

El papel de la diplomacia cultural en las relaciones internacionales

Said Saddiki

Profesor de Relaciones Internacionales. Université Sidi Mohamed Ben Abdellah de Fez, Marruecos
s.saddiki@gmail.com

RESUMEN

La diplomacia cultural, como piedra angular de la diplomacia pública, desempeña un papel importante en las relaciones internacionales actuales, caracterizadas por los denominados choques culturales, y debería constituir una herramienta decisiva no sólo para transmitir la cultura y los valores nacionales, sino también para escuchar lo que las culturas del resto del mundo nos están diciendo. El principal papel de la diplomacia cultural es promover el diálogo transnacional entre culturas y naciones, especialmente entre Occidente y el mundo musulmán. La diplomacia cultural, al igual que otras dimensiones nuevas de la diplomacia, no es del dominio exclusivo de los estados-nación, ya que en la actualidad no son los únicos actores en el escenario internacional, sino que los actores no estatales (sociedad civil, ONG, universidades, académicos, etc.) desempeñan un papel protagonista en este ámbito. El objetivo de este artículo es analizar el papel de la cultura en la diplomacia moderna y su impacto en las relaciones entre pueblos y naciones. Pretende, además, centrarse en los aspectos positivos de la influencia de la cultura en las relaciones internacionales contemporáneas.

Palabras clave: Diplomacia cultural, poder blando, representación, comunicación y negociación

Aunque durante las dos últimas décadas las relaciones internacionales aún han estado centradas en temas de equilibrio de poder militar y económico, a su vez, se han visto obligadas a valorar la importancia de los factores culturales y religiosos, los cuales han ido adquiriendo una dimensión transnacional que va más allá de las fronteras territoriales de los

estados-nación. A lo largo de la historia, “las personas han utilizado la cultura para presentarse a sí mismas, para afirmar su poder y entender a los demás” (Bound & Briggs, *et.al.*, 2007). La cultura ha estado siempre presente en la agenda gubernamental de la política exterior, y fue reconocida como un “tercer pilar”¹, junto a la política (seguridad) y al comercio (economía), en las relaciones entre estados después de las dos guerras mundiales del siglo XX.

Durante las dos últimas décadas, han sido muchos los acontecimientos que han contribuido a la emergencia de las dimensiones culturales en la actual política internacional, incluyendo las guerras modernas que han estado influenciadas por los siguientes aspectos: nociones étnicas, culturales y religiosas; ascenso al primer plano de algunos temas polémicos relativos a la infancia, la maternidad y la migración; amplio debate sobre algunos de estos temas, especialmente los suscitados por la teoría de Samuel Huntington sobre “el choque de civilizaciones”; ataques terroristas que han sido justificados con argumentos religiosos; importancia cada vez mayor de los elementos de “poder blando” (*soft power*) en la diplomacia contemporánea; e impacto de las tecnologías de la información y la comunicación en las relaciones entre pueblos y gobiernos.

Actualmente, el lugar de la cultura dentro de la diplomacia de los estados ha cambiado considerablemente; su impacto en la conducción de la diplomacia y de la política exterior es incuestionable. Reconociendo que la cultura se ha convertido tanto en una herramienta diplomática como en un puente indispensable para fomentar el entendimiento mutuo entre las naciones, cada vez más gobiernos le están concediendo una prioridad muy importante en su política exterior y en sus relaciones diplomáticas.

¿QUÉ SIGNIFICA EL CONCEPTO DE DIPLOMACIA CULTURAL?

Este artículo no pretende discutir las diferentes definiciones de cultura que compiten entre sí. Esta cuestión ya ha sido ampliamente debatida en los ámbitos de la literatura y la filosofía. En este trabajo se utiliza una definición amplia de cultura que incluye varios aspectos y productos culturales (valores, tradiciones, religión, estructura social, literatura, educación, ciencia, arte, música, teatro, cine, deporte, etc.). La UNESCO, en su Declaración Universal sobre la Diversidad Cultural del año 2001, reafirmó que “la cultura tiene que ser considerada como el conjunto de características espirituales, materiales, intelectuales y emocionales propias de una sociedad o grupo social”, y que “abarca, además del arte y la literatura, los estilos de vida, las formas de convivencia, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias”². En general, la cultura, como puso de relieve Thomas Eliot (1962), es

“una forma de vida” y “puede describirse como aquello que hace que la vida valga la pena de ser vivida”. La consideración de la cultura como “una forma de vida” de una nación implica también su visión del mundo y de otras naciones. Así, cada pueblo actúa en el mundo sobre la base de cómo cree estar en él y de cómo imagina que están los otros pueblos.

La diplomacia cultural se refiere al papel que desempeñan los factores culturales en las relaciones internacionales. Para algunos académicos, la diplomacia cultural es uno de los fundamentos clave del siglo XXI; un fundamento sobre el cual podemos construir una confianza y comprensión mutuas³. Una de las definiciones de diplomacia cultural más conocidas, ampliamente utilizada tanto por los investigadores como por las instituciones, es la formulada por Milton Cummings (2003), que la definió como “el intercambio de ideas, información, arte y otros aspectos de la cultura entre las naciones y sus pueblos para fomentar el entendimiento mutuo”. La diplomacia cultural no significa solamente la transmisión y la difusión de cultura y valores nacionales. Un elemento importante de la diplomacia cultural también es el hecho de escuchar a las demás naciones del mundo, comprender su propia forma de vida y buscar un terreno cultural común para compartirlo con ellos. Así pues, la diplomacia cultural no debe basarse exclusivamente en contar nuestras historias al resto del mundo; hay que tener en cuenta también que “el éxito de la diplomacia cultural depende del diálogo intercultural y del respeto mutuo”⁴.

LA DIPLOMACIA CULTURAL Y OTROS CONCEPTOS RELACIONADOS

La diplomacia cultural se considera como una piedra angular de la diplomacia pública, y hace referencia a “los programas gubernamentalmente patrocinados cuyo objetivo es informar o influir en la opinión pública de otros países; sus instrumentos principales son publicaciones, películas, intercambios culturales, la radio y la televisión” (U.S. Department of State, 1987). “Si bien la diplomacia pública se ocupa tanto de necesidades políticas a corto plazo como de intereses políticos a largo plazo, la diplomacia cultural pone el énfasis en el intercambio a largo plazo entre naciones” (Shultz, 1997). Estos dos últimos términos, la diplomacia pública y la diplomacia cultural están relacionados con el denominado “poder blando” (*soft power*), un concepto introducido por Joseph Nye (2004a), el cual define como “la habilidad para conseguir lo que uno pretende por medio de la seducción, y no por medio de la coerción o el pago. Surge del carácter atractivo que tienen la cultura, la política o los ideales políticos de un país. Cuando nuestra política es vista como legítima a ojos de los demás, nuestro poder blan-

do se incrementa mucho”. Este autor afirma que “el poder blando de un país se basa principalmente en tres recursos: su cultura (en aquellas partes en que resulta atractiva a otros), sus valores políticos (cuando el país está a la altura de los mismos en casa y en el extranjero), y su política exterior (cuando ésta es vista como legítima y con autoridad moral reconocida)” (Ibíd.: X). En contraste con el poder blando, el poder duro (*hard power*), según Nye, significa la habilidad de hacer que los otros hagan lo que uno quiere pero utilizando para ello la fuerza económica y militar. Algunos académicos consideran que “la diplomacia cultural, como una de las facetas de las relaciones internacionales, es uno de los aspectos ‘blandos’ de la convivencia en el planeta, frente a aspectos ‘duros’ como leyes y tratados, organizaciones multinacionales y capacidad militar” (Bound & Briggs, *et.al.*, 2007: 15).

Hans Morgenthau (1975), aunque es conocido como el padre del realismo en la disciplina de las relaciones internacionales, ha subrayado la importancia de la diplomacia sutil, aquélla que “no tiene como objetivo la conquista de un territorio o el control de la vida económica de un país, sino la conquista y el control de las mentes de sus ciudadanos”. Éste es uno de los conceptos subyacentes en la filosofía del adagio del antiguo estratega chino Sun Tzu, el autor de *El arte de la guerra*: “Más vale ganar sin tener que luchar”. Hace unas décadas Karl Deutsch (1988) dejó bien sentada la existencia de un vínculo entre los intereses nacionales de un Estado y el lugar que desempeñan los factores culturales en su política exterior. Deutsch observaba que “una cosa directamente vinculada a los intereses de cada Estado [...] es la política de difusión de su propia propaganda ideológica en los países extranjeros, y la política de apoyo a los intercambios científicos y culturales compatibles con este objetivo”. En otras palabras, la diplomacia cultural refleja el objetivo fundamental de la acción diplomática tal como la definía Von Bismarck: “La diplomacia es el arte de hacer amigos en el extranjero”. Vale la pena mencionar que, aunque algunos escritores confunden la diplomacia cultural con la propaganda, y algunos de ellos utilizan ambos términos de manera intercambiable, la mayoría de los investigadores distinguen entre los dos conceptos. Mientras que la propaganda es por definición engañosa y manipuladora, la diplomacia cultural tiene como objetivo reforzar el entendimiento mutuo y la confianza entre las naciones.

OBJETIVOS DE LA DIPLOMACIA CULTURAL

Como hemos visto más arriba, el objetivo principal de la diplomacia cultural es influir positivamente en la opinión pública y en las élites de opinión de un Estado extranjero⁵. Diversos organismos norteamericanos están dedicando mucho tiempo a examinar y a teorizar los objetivos de la diplomacia cultural americana. Podemos leer

muchos informes, libros y artículos producidos por instituciones oficiales norteamericanas sobre este tema. Por ejemplo, el Informe del Comité Asesor sobre la Diplomacia Cultural (afiliado al Departamento de Estado estadounidense), al mismo tiempo que destacaba que “una diplomacia cultural eficaz requiere un compromiso duradero para ganarse los corazones y las mentes de las personas razonables en diferentes partes del mundo”, definía los objetivos de la diplomacia cultural americana de la manera siguiente (U.S. Department of State, 2005):

- Ayudar a crear una “base de confianza” con otros pueblos, sobre la que los decisores políticos puedan a posteriori conseguir acuerdos políticos, económicos y militares;
- Alentar a otros pueblos a conceder a Estados Unidos el beneficio de la duda sobre cuestiones políticas específicas o respecto a peticiones de colaboración, en la medida en que establece una presunción de intereses compartidos;
- Demostrar que Estados Unidos tiene valores y que se los toma en serio, así como que combate la creencia popular de que los norteamericanos son un pueblo superficial, violento e impío;
- Afirmar que Estados Unidos tiene valores como la familia, la fe y el deseo de compartir la educación con otros;
- Crear relaciones con otros pueblos que perduren más allá de los cambios en el Gobierno;
- Permitir que el país llegue a miembros influyentes de sociedades extranjeras a los que no puede acceder, mediante las tradicionales ceremonias de embajada;
- Proporcionar una agenda positiva para la cooperación a pesar de las diferencias políticas;
- Crear una plataforma neutral para el contacto pueblo a pueblo;
- Servir como un vehículo flexible y universalmente aceptable para el acercamiento a países con los que las relaciones diplomáticas son tirantes o inexistentes;
- Tener posibilidades únicas para llegar a audiencias juveniles, no pertenecientes a la élite y muy generales con una barrera de lenguaje mucho más reducida;
- Fomentar el crecimiento de la sociedad civil;
- Educar a los estadounidenses en valores y sensibilidades de otras sociedades, así como ayudarles a evitar meteduras de pata y pasos en falso;
- Servir de contrapeso a los malentendidos, al odio y al terrorismo;
- Poder ayudar a decantar los debates culturales internos que tienen lugar en países extranjeros hacia la apertura de miras y la tolerancia.

El Consejo Científico Holandés sobre Política Gubernamental en un informe titulado “Cultura y Diplomacia” (Netherlands Scientific Council for Government Policy,

1987), define de un modo exhaustivo tres objetivos fundamentales de la diplomacia cultural que pueden ser adoptados por cualquier Estado: promover el entendimiento mutuo, aumentar el prestigio de un país, y proteger la identidad nacional. El primer objetivo se refiere a los esfuerzos encaminados a promover el entendimiento mutuo entre los países y las personas. Este objetivo se basa “en la idea de que la enemistad entre los pueblos surge de los malentendidos y de la ignorancia, así como de que con la eliminación de estos malentendidos y de esta ignorancia se favorece la causa de la paz mundial” (Ibíd.: 11). Deibel y Roberts (1976) describen este objetivo refiriéndose a “la paz por medio del entendimiento mutuo”. En esta misma línea, James William Fulbright, que dedicó una parte de su vida a promover la imagen de Estados Unidos en el extranjero estableciendo el famoso programa internacional de intercambio, que posteriormente fue bautizado con su nombre, las Becas Fulbright⁶, afirmaba que “a lo largo de la historia, tener gente que entienda tu forma de pensar confiere una seguridad mucho mayor que tener otro submarino”. El segundo objetivo, que puede estar inspirado por motivos económicos o políticos, se basa en el deseo de reforzar la posición y el prestigio de un país en el mundo. Se acepta generalmente que un país puede conseguir una buena imagen difundiendo su cultura, tradiciones y valores, como también “se considera que hay una relación positiva entre lo que se conoce de un país y el nivel de prestigio de que goza en el extranjero” (Netherlands Scientific Council for Government Policy, *op.cit.*: 12). El último objetivo, el relativo a la protección de la identidad nacional, tiene que ver con lo que han reclamado los llamados países del Tercer Mundo, y se refiere al derecho a la autodeterminación cultural, que constituye la base de la Declaración de la UNESCO sobre los Principios de la Cooperación Cultural Internacional (4 de noviembre de 1966). Estos objetivos de la diplomacia cultural pueden conseguirse por medio de diversas herramientas, como por ejemplo⁷:

- los programas de intercambio cultural;
- las becas y los intercambios en el campo de la enseñanza;
- el establecimiento de vínculos con periodistas, académicos, líderes de opinión extranjeros, etc.;
- la programación de visitas culturales de artistas (pintores, músicos, etc.);
- la difusión internacional de eventos culturales (sinfonías, conciertos, etc.);
- la celebración de conferencias, simposios y talleres relacionados con temas de cultura internacional;
- la promoción del idioma⁸;
- las publicaciones.

NUEVOS ACTORES EN LA DIPLOMACIA CULTURAL

Los actores estatales han sido durante mucho tiempo los principales actores de la diplomacia cultural, ya que han monopolizado en gran parte la gestión de los asuntos exteriores, que eran considerados como su “campo de acción específico”. Sin embargo, la estructura de las relaciones internacionales ha experimentado importantes transformaciones desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Este período ha sido testigo del surgimiento de nuevos actores diplomáticos (gubernamentales y no gubernamentales), y de un desarrollo espectacular de las tecnologías de la información y la comunicación. Gordon Smith (2000) ha redefinido la diplomacia como “el arte de promover los intereses nacionales mediante el intercambio sostenido de información entre gobiernos, naciones y otros grupos”. El elemento clave a destacar en esta nueva definición es la inclusión de otros actores, y la importancia dada a la comunicación (Martin, 2001).

Así pues, la emergencia de nuevos actores diplomáticos en el interior o en el exterior del Estado es uno de los aspectos más importantes de las relaciones internacionales contemporáneas. Este fenómeno se relaciona con la creciente influencia de las tecnologías de la información y la comunicación en los asuntos internacionales. Estos dos importantes desarrollos llevaron a algunos académicos a reclamar una redefinición de la diplomacia. Jan Melissen (1999), por ejemplo, sugiere que “la diplomacia se defina como un mecanismo de representación, comunicación y negociación por medio del cual los estados y otros actores internacionales tratan sus asuntos”. Esta definición de Melissen incluye la naturaleza de la diplomacia y de las relaciones internacionales caracterizándola por la participación de diversos actores estatales y no estatales. Las universidades y otras instituciones académicas siguen siendo los principales actores no estatales en el campo de la diplomacia cultural, dado que están estrechamente vinculadas al ámbito cultural y científico. Universidades y académicos han sido un importante puente de diálogo y comunicación entre naciones. Actualmente, todavía seguimos valorando a algunas naciones a través de sus antiguos académicos y científicos.

Después de las dos guerras mundiales y de la Guerra Fría, Estados Unidos dio muchas muestras de haber utilizado los intercambios como “un caballo de Troya para introducirse en la Unión Soviética. [Los intercambios] desempeñaron un papel enorme en la erosión del sistema soviético”. Los intercambios académicos y culturales entre Estados Unidos y la antigua Unión Soviética, iniciados en la década de los cincuenta, jugaron un papel muy importante en el ahondamiento del poder blando americano. Desde 1958 hasta 1988, 50.000 rusos visitaron Estados Unidos como parte de un programa formal de intercambio. Aunque muchos observadores afirman que la enseñanza superior estadounidense sigue aumentando el poder blando de este país, como confirmó

el antiguo secretario de Estado norteamericano Colin Powell en 2001: “No se me ocurre ningún activo más valioso que la amistad de los futuros líderes mundiales que se han educado aquí”¹⁰. El número de estudiantes extranjeros en colegios y universidades americanos ha descendido después de los atentados del 11-S, especialmente porque “conseguir un visado americano se ha convertido en una pesadilla de trámites burocráticos, y esto ha disuadido a muchos posibles candidatos a estudiantes extranjeros” (Nye, 2004b).

El aumento de las disputas culturales y religiosas, especialmente entre los mundos musulmán y occidental, ha conferido a académicos, universidades y centros de investigación una gran responsabilidad, haciéndoles adoptar un papel muy destacado en la diplomacia cultural.

EL IMPACTO DE LOS FACTORES CULTURALES EN LA RELACIÓN ENTRE EL MUNDO MUSULMÁN Y EL MUNDO OCCIDENTAL

El comienzo del siglo XXI ha sido testigo de un incremento de malentendidos y desencuentros culturales entre los mundos musulmán y occidental. Son muchos los factores que generan las actuales tensiones culturales entre estos dos mundos: las migraciones, el terrorismo, la política exterior de algunos países occidentales respecto al mundo musulmán (Irak, Palestina, Afganistán, etc.), el significado de la libertad de expresión y de prensa, especialmente en el mundo occidental (crisis de las caricaturas de Mahoma), las limitaciones y restricciones de la libertad religiosa en ambos mundos (prohibición y obstrucción del ejercicio de determinados rituales religiosos y aspectos como el del velo islámico...). Estos desencuentros han alcanzado en ocasiones niveles críticos y han puesto de manifiesto la vulnerabilidad de las relaciones entre ambos mundos. De hecho, algunos de los académicos, políticos y activistas de ambos lados que han estudiado estas tensiones hacen solamente hincapié en una de las dos caras de la moneda. Por ejemplo, la tesis de Samuel Huntington del choque de civilizaciones destaca los factores culturales como la fuente fundamental de los conflictos actuales y futuros. De acuerdo con Huntington (1993), “las diferencias entre civilizaciones son no sólo reales, sino que también son básicas. Las civilizaciones se diferencian entre sí por la historia, la lengua, la cultura, la tradición y, por encima de todo, la religión”. Huntington concluye pesimísticamente que “el choque de civilizaciones dominará la política mundial. Las líneas de falla entre civilizaciones serán las líneas de batalla del futuro”.

Por otro lado, la mayoría de la población mundial sigue siendo optimista respecto al futuro de la humanidad, y hace hincapié en los denominadores comunes de las naciones que pueden mejorar el entendimiento y la confianza mutuos. La tesis del “diálogo entre civilizaciones”, como paradigma alternativo, ha sido propuesta por un gran número de intelectuales en el mundo. Este último paradigma afirma que la pluralidad y la diversidad de las culturas y religiones del mundo son algo natural e inherente, además de elementos de la riqueza de nuestro planeta. Aparte del “diálogo entre civilizaciones”, la llamada a una “alianza de civilizaciones” ha centrado la atención de muchos académicos de todo el mundo como una contra-alternativa al choque de civilizaciones. Por ejemplo, en 2005 se fundó una asociación internacional llamada precisamente “The Alliance of Civilizations” (AoC) en respuesta a una iniciativa de los gobiernos español y turco, y bajo los auspicios de Naciones Unidas. Esta Alianza de Civilizaciones (<http://www.unaoc.org/>) tiene como objetivo “mejorar el entendimiento y las relaciones de cooperación entre las naciones y los pueblos de todas las culturas y religiones, así como contribuir de este modo a contrarrestar a las fuerzas que alimentan la polarización y el extremismo”.

La AoC funciona, tanto en el ámbito internacional como dentro del sistema de las Naciones Unidas, de la siguiente manera:

- Como constructor de puentes y como convocante, para conectar a las personas y organizaciones dedicadas a promover la confianza y el entendimiento entre comunidades diversas, en especial –aunque no exclusivamente– entre las sociedades musulmana y occidental;
- Como catalizador y facilitador, ayudando a impulsar proyectos innovadores que tengan como objetivo reducir la polarización entre las naciones y las culturas por medio de iniciativas conjuntas y asociaciones mutuamente beneficiosas;
- Abogando por la construcción del respeto y el entendimiento entre culturas, y amplificando las voces portadoras de moderación y reconciliación que ayudan a suavizar las tensiones religiosas y culturales entre pueblos y naciones;
- Como plataforma para aumentar la visibilidad, mejorar el trabajo y subrayar el perfil de iniciativas encaminadas a construir puentes entre culturas;
- Aportando recursos que permitan acceder a la información y a los materiales producidos por aquellas iniciativas de cooperación que hayan sido fructíferas y que, a su vez, puedan utilizarse por los estados miembros, las instituciones, las organizaciones o los individuos que deseen poner en marcha procesos o proyectos similares.

CONCLUSIÓN

La naturaleza cambiante de la política internacional durante las dos últimas décadas ha incrementado la importancia de estas formas intangibles de poder (Nye, 1990) y, en consecuencia, ha conferido un papel privilegiado a la cultura en las relaciones internacionales, al aumentar su influencia e importancia. En el pasado, los gobiernos habían utilizado la cultura como un instrumento para secundar objetivos generalmente políticos y económicos, mientras que hoy consideran los tres pilares de la política exterior (política/seguridad; economía/comercio; y cultura) como componentes interdependientes de su sistema de política exterior. Por consiguiente, la cultura ya no es un elemento secundario, sino un nuevo foco de la agenda diplomática tanto de los actores estatales como de los no estatales.

Los desarrollos contemporáneos en el ámbito de las relaciones internacionales han puesto de manifiesto que el siglo XXI será efectivamente la edad de oro del impacto de los factores culturales sobre las relaciones entre las naciones. Así, tanto los actores estatales como los no estatales fomentarán los aspectos positivos de las interacciones culturales transnacionales que pueden, efectivamente, reforzar la confianza y el entendimiento mutuo entre pueblos y naciones de todo el mundo. La diplomacia cultural será el marco más eficaz para la consecución de este objetivo.

Notas

1. Fue Willy Brandt quien en 1966 acuñó por primera vez la expresión 'el tercer pilar de la política exterior'. Véase, por ejemplo, Mitchell, (1986).
2. La Declaración Universal sobre la Diversidad Cultural de la UNESCO mencionaba que esta definición estaba en consonancia con las conclusiones de la Conferencia Mundial sobre Política Cultural (MONDIACULT, Ciudad de México, 1982), de la Comisión Mundial sobre Cultura y Desarrollo ("Nuestra diversidad creativa"), y de la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales para el Desarrollo (Estocolmo, 1998).
3. Robert T. Taylor, "Cultural Diplomacy- the Future", The Institute of Communications Studies, University of Leeds, <http://ics.leeds.ac.uk/papers/vp01.cfm?outfit=pmt&folder=7&paper=364>
4. Citado en la página web DiploFoundation. <http://textus.diplomacy.edu/textusBin/BViewers/oview/culturaldiplomacy/oview.asp?FilterTopic=%2F38139>
5. Citado en la página web DiploFoundation. <http://textus.diplomacy.edu/textusBin/BViewers/oview/culturaldiplomacy/oview.asp?FilterTopic=%2F38139>
6. El Programa Fulbright está patrocinado por el Bureau of Educational and Cultural Affairs del Departamento de Estado norteamericano. Aproximadamente 279.500 personas, 105.400 en Estados Unidos y 174.100 en otros países, han participado en el Programa desde su fundación hace más

de sesenta años. El Programa Fulbright concede aproximadamente 6.000 nuevas becas cada año. Actualmente, el Programa Fulbright opera en más de 150 países de todo el mundo.

7. Citado en la página web DiploFoundation. <http://textus.diplomacy.edu/textusBin/BViewers/oview/culturaldiplomacy/oview.asp?FilterTopic=%2F38139>
8. Actualmente el idioma se ha convertido en un vehículo importante de la diplomacia cultural. Algunas superpotencias, principalmente Francia y el Reino Unido, tienen una política a largo plazo para la difusión de su lengua en el extranjero como un elemento de su política exterior. De hecho, utilizar el idioma como instrumento de la diplomacia cultural tiene dos dimensiones: la primera es la de mejorar la enseñanza de la lengua extranjera en las escuelas y universidades nacionales, y promover los intercambios con el extranjero en el ámbito regional por medio de la concesión de becas de intercambio a los jóvenes; la segunda es la de promover el uso de la lengua de un país en el extranjero como herramienta esencial para mejorar el conocimiento de la política, la economía, la sociedad y la cultura de dicho país.
9. Declaraciones de un antiguo alto funcionario de de la KGB, citado en Joseph Nye, Jr. (2004b).
10. Citado en Joseph Nye, "Soft Power and Higher Education", <http://net.educause.edu/ir/library/pdf/ffp0502.pdf>

Referencias bibliográficas

- BOUND, Kirsten; BRIGGS, Rachel; HOLDEN, John; JONES, Samuel. *Cultural Diplomacy*. London: Demos, 2007. P. 15.
- CUMMINGS, Milton C. Jr. *Cultural Diplomacy and the United States Governments: A Survey*. Washington DC: Center for Art and Culture, 2003. P. 1.
- DEIBEL, T.L. & ROBERTS, W.R. "Culture and Information". *The Washington papers*. No. 40 (1976). Beverly Hills: Sage. P.15.
- DEUTSCH, Karl. *The Analysis of International Relations*, 3ª ed. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall, 1988. P. 87.
- ELIOT, Thomas Stearns. *Notes forwards the Definition of Culture*. London: Faber and Faber, 1962. P. 27.
- HUNTINGTON, Samuel P. "The Clash of Civilizations". *Foreign Affairs*. Vol. 72. No. 3 (Summer 1993). P. 25.
- MARTIN, Todd. "Virtual Diplomacy". *A Student Journal of International Affairs*. Vol. 2 (February 2001): http://www.carleton.ca/e-merge/v2_art1/2.html
- MELISSEN, Jan. *Innovation in Diplomatic Practice*. London: Macmillan, 1999. P. xvi-xvii.
- MITCHELL, J.M. *International Cultural Relations*. London: Allen & Unwin, 1986. P. 1.
- MORGENTHAU, Hans. *Politics Among Nations: The struggle for Power and Peace*, 5ª ed. New York: Alfred A. Knopf, 1975. P. 74.
- NETHERLANDS SCIENTIFIC COUNCIL FOR GOVERNMENT POLICY. *Culture and Diplomacy*. Hague: 1987). P. 11-2.
- NYE, Joseph Jr. "Soft Power". *Foreign Policy*. No. 80 (Fall 1990). P. 164.

El papel de la diplomacia cultural en las relaciones internacionales

– *Soft Power: The Means to Success in World Politics*. New York: Public Affairs, 2004a. Prefacio.

– “You Can’t Get Here From There”. *New York Times* (29 November 2004b).

SHULTZ, George P. “Diplomacy in Information Age”. Ponencia presentada en la Conferencia sobre Diplomacia Virtual, U.S. Institute of Peace, Washington DC, el 1 de abril de 1997. P. 9.

SMITH, Gordon S. “Reinventing Diplomacy: A Virtual Necessity”. *Virtual Diplomacy* (US Institute of Peace). Serie No. 6 (February 2000): <http://www.usip.org/virtualdiplomacy/publications/reports/gsmithSA.html>

U.S. DEPARTMENT OF STATE. *Dictionary of International Relations Terms*. 1987. P. 85.

U.S. DEPARTMENT OF STATE (Advisory Committee on Cultural Diplomacy). *Cultural Diplomacy. The Linchpin of Public Diplomacy* (September 2005). P.16. <http://www.maxwell.syr.edu/inside/StateCommitteeReport.pdf>